





Catalina
de Médicis





Catalina de Médicis

Jean-François Solnon

A

Solnon, Jean-François

Catalina de Médicis. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2015.
416 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Florencia Fernández Feijoó
ISBN 978-950-02-0847-5

1. Médicis Catalina de Biografía. I. Fernández Feijoó, Florencia, trad.
II. Título.
CDD 928

Catalina de Médicis

Jean-François Solnon

Título original: *Catherine de Medicis*

© Éditions Perrin 2003

Traductora: Florencia Fernández Feijoó

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: abril de 2005

2ª edición: abril de 2015

ISBN 978-950-02-0847-5

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

ÍNDICE

Introducción	13
1. “Una sola rama reverdece”	17
2. Una cuna mucho tiempo vacía	35
3. Reina a medias	55
4. Una entrada prudente en escena	79
5. “La suavidad antes que el rigor”	99
6. Contra “los que quieren perderlo todo”	117
7. “El reposo del Estado”	135
8. La empresa infame	165
9. Catalina y la Noche de San Bartolomé	195
10. “¡Ay! Madre mía”	225
11. “No puedo hacer todo lo que quiero”	245
12. La infatigable sembradora de paz	273
13. Como en ella misma	301
14. “Encuentren remedio para las cosas que no lo tienen”	327
15. La muerte de la “madre del Estado”	345
Conclusiones	365
<i>Anexos</i>	
Distintas opiniones sobre Catalina	371
Ocho guerras de religión	376
Cronología	377
<i>Genealogías</i>	391
<i>Índice onomástico</i>	399



Para Aude, Anne-Laure y Pauline





Hacia donde sea que gire la fortuna,
su principal preocupación siempre es gobernar.

HUBERT LANGUET

La religión es un manto del que
a menudo los hombres se sirven para
ocultar una mala voluntad.

CATALINA DE MÉDICIS

El peor de los males es el de un pueblo
sometido al imperio de una mujer,
y al de este tipo de mujer.

THÉODORE DE BÈZE

La astucia vale más que la
fuerza contra el mal presente.

CATALINA DE MÉDICIS



INTRODUCCIÓN

*Se dice que ella había intentado envenenar a
todo el ejército del príncipe de Condé.*

CHATEAUBRIAND

Después de la muerte accidental de Enrique II (1559), Catalina de Médicis encargó un magnífico mausoleo para su marido. La tumba acogería los restos del rey difunto y, en un futuro, los de su viuda. En ella se vería una doble representación. El rey y la reina, en la cúspide, vivos y en piedra, y en la cámara funeraria, yacentes. Catalina le había confiado la escultura de su estatua yacente a Girolamo della Robbia.

Ahora bien, cuando el artista le mostró la obra casi terminada, ella retrocedió horrorizada. En lugar de un cuerpo desnudo, adormecido en la muerte –de formas tal vez embellecidas–, descubrió, tallado en mármol, un horrible cadáver recargado de macabros detalles: la caja torácica prominente, el pecho aplastado, la piel estirada sobre los huesos a punto de desgarrarse. Una imagen repulsiva, insoportable; un desnudo terrible. La reina se apresuró a despedir al torpe escultor y le rogó a Germain Pilon que esculpiera una estatua yacente más apropiada.

La anécdota es simbólica. Ilustra, de algún modo, el recuerdo que va a dejar Catalina de Médicis en la memoria colectiva de los historiadores y del público, un recuerdo funesto. La posteridad, en efecto, se mostró despiadada con ella, le negó hasta la menor circunstancia atenuante. Como Della Robbia, la opinión general le prohibió a su estatua el sueño apacible de ultratumba. La reina extranjera (las reinas a menudo lo son), caricaturizada, calumniada y vituperada, parece una eterna

figura maléfica. Cronistas, historiadores y novelistas tomaron prestado el despiadado cincel del escultor italiano. Catalina de Médicis forma parte, al igual que Isabel de Baviera, de las reinas malditas. Se la juzgó dañina como a María Antonieta, pero se la privó de la compasión que a veces inspira la esposa de Luis XVI ante sus jueces.

Nada se le perdonó a la florentina. Su proceso, instruido en vida, duró cuatro siglos y sólo es acusación y condena. En lugar de pruebas, los argumentos siempre hostiles fueron tomados de los panfletos de la época o de las fantasmagorías de la era romántica. Por un lado, el *Discurso maravilloso de la vida, acción y excesos de Catalina de Médicis* (1575), libelo sin duda protestante. Por otro, *La Dame del Louvre* (drama, 1832) o *El escuadrón volador de la reina* (novela, 1836). Incluso célebres escritores contribuyeron a la denigración de Catalina: Michelet y Alejandro Dumas. El primero fue un historiador, a menudo un autor apasionado, que prefería juzgar más que comprender. El segundo, Alejandro Dumas, maestro de la novela histórica, no dejó de golpear nuestra sensibilidad: terrible el Richelieu de *Los tres mosqueteros*; muy inquietante la Catalina de *La dama de Monsoreau* o de *La reina Margot*. Cabe señalar que en el siglo XIX el éxito de las novelas por entrega exigía indudablemente un héroe oscuro y temible, sutil y detestable. Una figura fea y de contrastes. Como tal, Catalina de Médicis desempeñó su mejor papel. Casi no ha cambiado, a pesar de Balzac, quien reconoció en ella a la gran soberana y a la mujer excepcional. El romanticismo la crucificó de modo definitivo.

¿Cuáles fueron los crímenes de esta criminal? Por empezar, su carácter (supuesto): según parece, todo en Catalina era astucia, disimulo, falta de escrúpulos y de convicciones. Estos juicios de valor, exagerados a través de una literatura simple, se convirtieron en la vulgata escolar, en tanto que la leyenda negra de la florentina se mantiene en la actualidad gracias a la novela llamada “histórica” y al cine.

En la reina, todo era imputado al crimen. Una personalidad tan deplorable sólo pudo llevar una política equivalente. Si sus adversarios morían era porque ella los mandaba envenenar. Si sus hijos –Francisco I, Carlos IX y Enrique III– se sucedieron demasiado rápido, también de ella fue la responsabilidad por la muerte de los dos primeros. Si esos

príncipes se liberaron de los asuntos del Estado y los dejaron en manos de su madre, seguramente fue porque ella los había corrompido. De su larga presencia en el gobierno se deduce un insaciable apetito de poder, una sospechosa búsqueda para conquistarlo y maniobras retorcidas para conservarlo. No hubo espíritus benevolentes que elogiaran sus edictos de tolerancia. Éstos se atribuyen exclusivamente al canciller Michel de L'Hospital, parangón de la sabiduría. Tampoco se reconoce el deseo de Catalina de reconciliar a católicos y protestantes. Sin lugar a duda, ese deseo nació de una sospechosa indiferencia religiosa, cercana al ateísmo.

Algunos historiadores intentaron en vano, en los últimos cien años, rectificar la imagen de Catalina y sus acciones. Rectificar y matizar, pero no pudieron revertir la tendencia, ya que en la representación estereotipada de la florentina, la astucia, la duplicidad, la perfidia y el maquiavelismo no son nada frente a ese crimen supremo, inexpiable, que se le atribuye: la masacre colectiva de los hugonotes, el 24 de agosto de 1572, cuyo monstruoso responsable sería la reina. La Noche de San Bartolomé se le pegó a Catalina de Médicis como la túnica ensangrentada del centauro Neso. Esa “noche de la traición”, como la llaman los protestantes, marcó a fuego a la reina de modo definitivo. Para la opinión pública, esa noche cristaliza todos los vicios y resume cuarenta años de gobierno.

Tanto en los grabados como en las viñetas de los manuales, la imagen se mantiene inmutable: se la ve a la viuda de Enrique II, la “Viuda Negra”, ordenando la matanza, cuando no aparece perpetrándola con sus propias manos. En el historial de los reyes malos del Antiguo Régimen, Luis XV era culpable de haber entregado Canadá y de haber llevado una vida licenciosa; Luis XIV, de haber “disfrutado demasiado de la guerra”. La tragedia de la Noche de San Bartolomé imprimió, para la opinión pública, una mancha indeleble en la obra de Catalina de Médicis, redujo a nada toda acción precedente e impugnó de antemano todo proyecto ulterior. La mujer de Estado se disuelve detrás del mito de la criminal.

La acumulación de juicios erróneos, responsables de una leyenda negra, ahora es severamente criticada. La investigación histórica actual —que necesita de tiempo para difundirse y adquirir capacidad de per-

suasión fuera del círculo de las universidades– renovó la historia de las Guerras de Religión, redistribuyó los papeles y analizó mejor el de Catalina. La revisión de su proceso ha comenzado. Hoy en día, la erudición lo atestigua casi en voz alta, y es un testimonio de descargo.

La reina madre no gobernó el reino de Francia en tiempos de paz interior, prosperidad y consenso. Todo lo contrario. Su presencia en los asuntos del Estado se confunde con las Guerras de Religión –una guerra civil, la peor– en una época en la que la autoridad del Estado, que ella garantizaba, era discutida y ridiculizada, mientras la unidad de Francia volaba en mil pedazos.

Durante su “reinado”, la florentina se vio obligada a enfrentar complots, luchas armadas, falta de dinero e invasiones extranjeras. Ése fue el telón de fondo de su acción y el obstáculo para su éxito. A fuerza de denunciar su autoritarismo, se olvida que ella siempre gobernó con pragmatismo, ajena a las ideologías. Los peligros no la paralizaban. Se adaptaba a ellos como podía y trataba de minimizarlos, incluso a costa de artificios y de cierta duplicidad. Pensaba que todo medio era bueno cuando se trataba de resolver un conflicto y restablecer la paz.

Inmersa en un siglo de intolerancia y fanatismo, Catalina de Médicis se aferró ferozmente a la paz civil. Buscó de modo incansable –grande era su afán de reunificación religiosa– un *camino intermedio* entre la religión católica y la protestante. La concordia y la armonía no tuvieron mejor abogado: todo fue implementado para hacerlas triunfar. A veces, Catalina se equivocaba en los medios; no eligió bien y fracasó. Pero, ya lo veremos, trabajó con admirable perseverancia durante toda su vida, una vida enlutada por los dramas familiares, para preservar la unidad del reino y la unión de los franceses, a fuerza de treguas, negociaciones y edictos de pacificación.

En la actualidad, sin lugar a duda, habría recibido el Premio Nobel de la Paz.

“Una sola rama reverdece”

*En la época en que nació Catalina, la historia,
si se la llevara al punto de vista de la probidad,
parecería una novela imposible.*

BALZAC

Catalina no se inquietaba. Al menos eso hacía creer a su círculo de allegados: una niña de once años sabe disimular. Porque, aunque protegido por sus elevados muros, el convento de las benedictinas donde sus enemigos la habían encerrado percibía los rumores de la ciudad. Y eran alarmantes. Hacía diez meses que Florencia estaba sitiada. En octubre de 1529, las tropas pontificias e imperiales habían cercado la ciudad. Temiendo un ataque, sus habitantes habían reforzado la muralla; confiaron a Miguel Ángel la fortificación de la colina de San Miniato que domina la ciudad al sur. El famoso escultor también había diseñado los proyectos necesarios para mejorar la defensa de las puertas, pero el asedio se hacía cada vez más opresivo. Los ejércitos de Carlos V ocupaban las plazas vecinas que podían demorar la caída de Florencia. Todas cedían ante los soldados del emperador. Se preguntaban si la ciudad del Arno iba a correr la misma suerte que Roma, saqueada por los imperiales tres años atrás.

Catalina vivía la experiencia de un sitio y de su siniestro cortejo: la escasez que precede al hambre, y la peste, imprevisible y siempre amenazadora. Sin embargo, la niña no tenía nada que temer del enemigo externo. Las tropas, comandadas en nombre de Carlos V por Filiberto de Chalon, príncipe de Orange, sitiaban Florencia para restaurar a los Médicis, su propia familia, desterrados hacía tres años. Para Catalina, los

florentinos se habían convertido en sus carceleros y los soldados imperiales, en sus salvadores.

La noche trágica del 19 de julio de 1530

Desde 1527, Florencia se había sublevado contra sus señores, los herederos de Cosme y de Lorenzo el Magnífico. Por segunda vez en treinta años, los Médicis habían sido expulsados, su palacio saqueado y sus partidarios ejecutados. Los florentinos habían restablecido el espíritu de Savonarola. El recuerdo del dominicano, persecutor intransigente y responsable de derrocar a Pedro de Médicis en 1494, seguía vivo. Las llamas de la hoguera apenas habían consumido el cuerpo ascético del temible predicador, cuando otros “profetas locos” ya se habían levantado, invocando el castigo de la “Babilonia” toscana e insultando a la “tiranía” de los Médicis.

Ante el anuncio del saqueo de Roma por los imperiales, éstos habían aplaudido lo que consideraron una señal del Cielo. El aterrador saqueo de la capital de la cristiandad, la profanación de las iglesias, las reliquias pisoteadas, las religiosas violadas significaban –sin ninguna duda– el cumplimiento de la venganza divina. Los soldados habían obligado al papa Clemente VII, un Médicis, a una huida sin gloria. La ocasión era demasiado oportuna a los ojos de los florentinos como para no destronar al resto de la familia. Al principio, los rebeldes establecieron una república moderada, que los “fanáticos” transformaron, en nombre de Cristo proclamado “rey” de la ciudad, en un régimen de terror.

Sin embargo, en Florencia, los miembros de la familia deshonrada eran todos jóvenes. Hipólito tenía dieciséis años y su primo Alejandro, quince.* Como parientes del papa Clemente, fueron inmediatamente destituidos y desterrados. En cuanto a su prima Catalina –tenía ocho años en 1527–, fue protegida por fieles amigos de la casa, que la pusieron a salvo en la villa familiar de Poggio a Caiano. Sin embargo, el odio contra los Médicis no la perdonó por mucho tiempo.

* El lector podrá recurrir a la genealogía de los Médicis en pág. 393.

Para los sublevados, la niña era un preciado rehén. Los soldados del partido popular la llevaron a la ciudad y, junto con su abuela paterna Alfonsina Orsini, fue confiada a las religiosas de Santa Lucía. Pero la peste, que solía congeniar con los movimientos de tropas, no tardó en introducirse en las casas florentinas. No podían dejar que Catalina quedara expuesta al mal que propaga el terror. La suerte de la niña preocupó a las potencias extranjeras y el embajador de Francia en Florencia obtuvo del gobierno republicano la autorización de alejarla de los barrios apestados. Defendida del contagio pero siempre prisionera, Catalina fue a otro convento situado en las puertas de la ciudad, el convento de las *Murate*. Tal vez le deba a la intervención del representante de Francia el haberse librado de la enfermedad y de una muerte segura. Guiño de la Historia: el reino de Francisco I ya se ocupaba de su futura, y en ese entonces improbable, soberana.

Las benedictinas del convento de las *Murate* supervisaban una de las casas religiosas más renombradas de la ciudad. Las muchachas de las mejores familias se educaban allí. El estricto respeto por la clausura, simbolizado por un rito espectacular, le había dado su nombre al convento. Las novicias ingresaban por una brecha abierta en el muro, que se tapiaba de inmediato. Separadas del mundo, las “Amuralladas” se preparaban así para sus votos definitivos. Catalina, por su parte, era la huésped involuntaria de un grupo de religiosas atentas a su suerte mientras en el exterior los republicanos extremistas acorralaban, daga en mano, a los partidarios de los Médicis.

La formación de tropas imperiales y pontificias al pie de las murallas de Florencia radicalizó aún más al gobierno. La Señoría –así se denominaba al gobierno de la ciudad– profería, con idéntico ardor, imprecaciones religiosas contra sus enemigos impíos y llamados a la resistencia. En esos momentos de exaltación vengadora que tienen a menudo los asediados, algunos recordaron que todavía seguía en su poder aquella niña que llevaba el apellido execrado de los Médicis. Le desearon a la joven cautiva todo tipo de suplicios. Unos propusieron encerrarla en una casa pública, condenada para siempre a la prostitución. Otros sugirieron hacerla violar por los soldados. Así, la heredera de los Médicis estaría perdida por siempre para los suyos: la deshonra impe-

diría cualquier futuro matrimonio. Los hijos espirituales de Savonarola se acomodaban a la corrupción si se aplicaba a sus enemigos.

¿Por qué había que tener tanta consideración con la descendiente de los tiranos?, se indignaban los más excitados. ¡Que la aten desnuda a los muros de la ciudad, bajo el fuego de los sitiadores!

Al no poder disponer de Alejandro y de Hipólito, que estaban a salvo lejos de la ciudad, los “fanáticos” de Florencia concentraban en una niña todo su odio y temor.

Las amenazas traspusieron la clausura del convento de las *Murate*. Sin duda fueron repetidas en su interior, quizás atenuadas. No todas las religiosas eran fieles a los Médicis. Algunas, convencidas de la inminencia del Juicio Final, reprobaban la presencia de Catalina en el convento. El espíritu partidario no excluía a ninguna institución. Sólo la niña parecía indiferente a los rumores, incluso a los más alarmantes. Hasta ese momento sólo tenía una idea imprecisa de los tormentos que le querían infligir, pero el 19 de julio de 1530 tuvo que enfrentar la realidad.

Por la noche, cuatro representantes del gobierno republicano golpearon a la puerta del convento. La superiora ordenó abrir. Debían entregarles a Catalina, por orden de la Señoría. Parecía que la habían destinado a una prisión más dura todavía o a algo peor. Los enviados se mostraron tranquilizadores: el temor a un secuestro exigía llevar a la niña a la ciudad. Pero era evidente que no se podía confiar en los enemigos de los Médicis. Al entregarla, con toda probabilidad precipitarían su muerte.

La mandaron llamar. Y como no era el dócil cordero que se lleva al sacrificio, el miedo le ordenó resistir. Forcejeó, gritó y lloró tan fuerte que consiguió una tregua hasta el día siguiente.

Pasó la noche rezando, rodeada de fieles religiosas. Para escapar a su destino, Catalina imaginó una estratagema. Decidió sacrificar sus cabellos para recibir la tonsura, tomó el velo y el hábito de monja.

–Les pertenezco –les dijo a las hermanas–. ¿Quién será el excomulgado que se atreva a arrancar del claustro a una esposa de Jesucristo?

Al día siguiente, regresaron los hombres de la Señoría. Desde el locutorio, a través de la reja, vieron avanzar a una religiosa que parecía una niña. Creyéndose protegida por el hábito, Catalina habló como un adulto:

–Vayan a buscar a esos señores y díganles que tengo la intención de hacerme religiosa y de no separarme nunca de mis venerables madres.

La firmeza del tono y el coraje de Catalina estaban a la altura de su terror de la noche anterior. A la futura reina de Francia no le faltaban agallas. La experiencia del 19 de julio se grabó en su espíritu. Nunca olvidó aquel temor de ser entregada a unos asesinos. Tal vez aquella noche nacieron sus infinitas dotes de negociadora y de enemiga de la violencia brutal. Quizás en aquellas horas trágicas surgió esa habilidad para el disimulo que supo luego convertir en un arma.

No obstante su disfraz de religiosa, no conmovió a los enviados de la Señoría. Tonsurada o no, la valiente niña fue montada a una mula y enviada al convento de Santa Lucía. Catalina había demostrado un fuerte temperamento. Era su único salvoconducto.

Con su tío Clemente VII

Pero no fue entregada a los soldados ni sometida a los “fanáticos”. Sus carceleros no tuvieron tiempo: el 3 de agosto siguiente, la derrota del ejército republicano en la montaña de Pistoia obligó a los florentinos a capitular ante sus sitiadores. Los ciudadanos reunidos en *parlamento* en la plaza de la Señoría plebiscitaron el regreso de los Médicis y la restauración del gobierno anterior a 1527. La segunda república florentina había fracasado. Sólo quedaba dictaminar los destierros, los encarcelamientos, los ahorcamientos y decapitaciones que gustosamente marcaban los cambios de régimen.

Sin dinero y sin recursos, Florencia estaba debilitada. “Nuestra ciudad hoy es vieja”, observaba un contemporáneo. Sus habitantes, ahora menos numerosos, carecían de todo. Y la penuria duró varios meses después del levantamiento del sitio. No se podía dejar a Catalina en una ciudad tan golpeada. Su primo (cuya diferencia de edad hacía que lo llamara tío), el papa Clemente VII, vencedor de la república florentina, la reclamaba. Catalina dejó las orillas del Arno el 30 de octubre de 1530 y se dirigió a Roma.

Fue recibida paternalmente por el soberano pontífice, quien no pu-

do contener las lágrimas al abrazarla. Todas las miradas se posaron en la pequeña ex prisionera de los republicanos, pero cada uno la vio de manera diferente. “Alta, hermosa y en buen estado”, escribió el embajador de Francia. “Un poco delgada y de baja estatura”, juzgó en cambio el enviado de Venecia, quien reconoció en la falta de delicadeza de su rostro y en los ojos saltones los rasgos comunes a los Médicis. El representante de Milán quedó más bien encantado. Catalina le pareció bastante alta para su edad, de piel blanca, rostro lleno y aspecto agradable. Finalmente la niña obtuvo la aprobación de todos cuando habló: era la sensatez en persona. Alabaron, sin excepción, su “prudente compostura”.

Catalina fue alojada en el palacio Médicis, donde se encontró con Alejandro e Hipólito, que habían sido desterrados de Florencia al comienzo de la rebelión. Aún hoy se ignora la filiación del primero, presentado a veces como medio hermano de Catalina, otras como su primo, hijo natural del papa Clemente. El pelo crespo y la nariz chata le valieron el apodo de *Moro*. Se decía que su madre era una esclava negra o mulata. Alejandro de Médicis, de nacimiento ilegítimo, se casó más tarde con la hija natural de Carlos V, la rubia Margarita, a la que llamaban *Madama*. El emperador y el Papa habían trabajado juntos para restaurar a los Médicis en Florencia: a Alejandro le tocó el gobierno de la ciudad y el título de duque. Así pues, dejó Roma para ir a Florencia, donde hizo su entrada el 10 de julio de 1531 e instauró un poder despótico hasta su asesinato, en 1537, en manos de su primo Lorenzo, el famoso *Lorenzaccio* de Musset.

En Roma, gracias a prolongados paseos a caballo, Catalina se recuperaba de las intensas emociones vividas. Ya demostraba ser una excelente amazona. Invitada con regularidad al palacio del Vaticano, la joven era mimada por Clemente VII, quien sentía un gran afecto por su sobrina. La Corte pontificia, mezcla de fervor y de complicadas intrigas, fue su maestra de escuela. Observadora atenta, aprendió mucho del Papa. Clemente, cuya pusilanimidad se había agravado con las desgracias del saqueo de Roma, era un pontífice inteligente y dedicado a los asuntos del Estado, hábil en los manejos, experto en hipocresías y condenado a compensar el miedo que lo paralizaba, con demasiada frecuencia,

con un enorme disimulo. “Su naturaleza lo lleva a echarse atrás”, aseguraba un prelado. A semejanza de su tío, Catalina aprendió muy pronto a disimular sus pensamientos bajo una máscara impenetrable.

Una decepción amorosa la inclinó a replegarse más en sí misma. Su primo Hipólito, ocho años mayor que ella, hijo natural como Alejandro, fue el primero en conquistarla. Había heredado de su padre Julián, duque de Nemours, “el contemplativo de ojos azules”, un encanto indiscutible que su hábito de cardenal no lograba atenuar. El retrato que hizo de él Tiziano muestra su elegancia y la belleza de sus rasgos. El joven, además, era poeta y músico, hábil jinete, gran señor, fastuoso y desdichado por pertenecer a la Iglesia. Catalina lo admiraba y lo amaba. No se sabe si correspondió al amor inocente que aquella jovencita de doce años sentía por él. Los cronistas menos románticos afirman que Hipólito sólo veía en Catalina un medio que le permitiría –votos eclesiásticos rotos y matrimonio consumado de por medio– imponerse en Florencia y enfrentar a Alejandro. Pero el proyecto no era del agrado del Papa. Clemente VII se apresuró a nombrarlo legado en la lejana Hungría y Catalina perdió así a su príncipe azul y comenzó a endurecer su corazón.

Una madre francesa

Por más que quisiera a su sobrina, el Papa no dejaba de privilegiar los intereses de Alejandro, señal suplementaria de su paternidad. Una vez alejado Hipólito, sólo había que lograr que Catalina –única heredera legítima de los Médicis– renunciara a toda pretensión sobre Florencia. Clemente VII se mostró afectuoso y la niña firmó una renuncia a los bienes de su familia, a cambio de la promesa de una dote considerable el día de su boda. Porque no faltaban los pretendientes. El más emprendedor era francés. Ya en 1524 –Catalina sólo tenía cinco años–, Francisco I había proyectado para ella una unión con uno de sus hijos. Para equilibrar el aumento de poder de Carlos V, el rey deseaba acercarse al Papa: el matrimonio de su sobrina con un heredero de los Valois sellaría una alianza. Así, durante el sitio de Florencia, como ya vimos,

Francisco I estuvo atento a la suerte de Catalina, trasladada de un convento a otro, a merced de las amenazas de epidemia y de las intimidaciones de sus enemigos. El rey se ofrecía a recibir a la sobrina del Papa. Sin duda, temía que le impusieran a Catalina una unión contraria a los intereses de su reino. Pero, sobre todas las cosas, Francisco I no olvidaba que Catalina de Médicis era francesa por línea materna.

En efecto, Catalina, a quien sus contemporáneos, y luego la posteridad, no cesaron de satirizar apodando “la florentina”, llevaba en sus venas sangre de Francia. Catalina era Médicis por su padre Lorenzo (1492-1519), hijo único de Pedro el Infortunado, a quien Savonarola había echado de Florencia en 1494, y nieto del Magnífico. El padre de Catalina era un hombre más bien mediocre. La dedicatoria que Maquiavelo le hizo en su famosa obra, *El príncipe*, no debe engañar: Lorenzo estaba más interesado en los placeres que en la política. Al apoyo de su tío, el papa León X –primer soberano pontificio de la familia–, debía el honor de haber accedido al gobierno de Florencia en 1513 y de convertirse en duque de Urbino en 1516.

También su casamiento fue obra del Papa, en una época en que Roma estaba aliada al vencedor de Marignan. En 1518, Lorenzo había desposado a Magdalena de la Tour d’Auvergne, rica heredera proveniente de una noble y antigua familia emparentada con la Casa de Borbón y que contaba a San Luis entre sus antepasados. La boda se había celebrado en Amboise el 2 de mayo. La habían sucedido diez días de festejos y entre los regalos que el prometido había llevado, figuraban dos cuadros de Rafael, *La Sagrada Familia* y *San Miguel*, que actualmente son el orgullo del Louvre. La pareja tomó enseguida la ruta a Florencia, en la que hizo su entrada oficial el 7 de septiembre. La joven novia ya estaba embarazada. El 13 de abril de 1519, en el palacio Médicis, cerca de las siete de la mañana (a menos que fueran las once, molesta incertidumbre para los que trazan horóscopos), la muchacha dio a luz a Catalina. Fue su única hija.

Según decían, Magdalena no se había casado sólo con Lorenzo de Médicis, sino “también con su sífilis, que era muy reciente”. Tal vez contagiada, la joven murió quince días después del parto. Y Lorenzo, enfermo casi siempre desde su regreso de Francia, la siguió a la tumba el 4 de mayo siguiente.

Con apenas tres semanas de vida, Catalina quedó huérfana de padre y de madre. Y también quedó, junto con León X, como única descendiente legítima en línea directa de Cosme el Antiguo, fundador de la grandeza de los Médicis.* Con esto, Florencia comenzó a dudar de la supervivencia de la prestigiosa familia. Ariosto puso en boca de la atribulada ciudad:

*Una sola rama reverdece con escaso follaje;
Entre el temor y la esperanza me encuentro vacilante,
Y me pregunto si me la dejará o me la quitará el invierno.*

Es comprensible entonces que el futuro matrimonial de Catalina despertara de inmediato el interés de príncipes y reyes. El año de su nacimiento fue además el de la elección de Carlos de Habsburgo, rey de Castilla y Aragón, al trono imperial. Por su parte, Carlos V, por entonces el feliz rival de Francisco I, también había establecido una alianza con el Papa. Catalina se convirtió en un trofeo internacional, más valiosa aún para el rey de Francia, quien podía invocar su ascendencia francesa.

Todavía no se sabía quién iba a hacerse cargo de la huerfanita. ¿Sobreviviría? La enfermedad que padecía desde el mes de agosto siguiente a su nacimiento creó incertidumbre sobre su supervivencia. Su abuela paterna, Alfonsina Orsini, viuda de Pedro de Médicis, fue quien recibió a la que llamaba con cariño “la *duchessina*” (o duquesita). En octubre, la llevó a Roma, donde el papa León X la recibió emocionado.

Pero parecía que Catalina había nacido con mala estrella. En febrero de 1520 murió su abuela. Francisco I aprovechó para reclamar la tutela de la niña, pero le fue negada. El año 1521 fue también un mal año. El fastuoso León X se extinguió, el antiguo preceptor de Carlos V lo sucedió con el nombre de Adriano VI –último Papa no italiano antes de Juan Pablo II– y el ducado de Urbino, posesión del padre de Catalina y cuyo título ella portaba, fue reconquistado por su legítimo propietario, Francisco María della Rovere.

La pequeña duquesa vivía en Roma en compañía de sus primos

* Julián de Médicis, duque de Nemours, hermano de León X, murió en 1516.

Alejandro e Hipólito, bajo la custodia de su tía abuela Lucrecia de Médicis, esposa de Jacobo Salviati, y de su tía Clarisa, casada con Felipe Strozzi. En 1523, la elección de Clemente VII al trono de San Pedro volvió a dar lustre a los Médicis. El nuevo Papa envió a Florencia a los dos primos y decidió mandar también a Catalina, quien pasó el invierno en el palacio familiar de la Via Larga y el verano en la villa de Poggio a Caiano. Allí la sorprendió la rebelión de los florentinos. El horóscopo trazado para su nacimiento no había mentido: la vida de Catalina estaba llena de agitaciones. Pero para las dinastías principescas de Italia, el Renacimiento nunca fue un remanso.

Un marido para la duchessina

Una vez cerrado el paréntesis republicano de Florencia, con Alejandro proclamado duque, Catalina tuvo que mudarse de nuevo. Clemente VII le ordenó que regresara a su ciudad natal, ya más apaciguada. Para justificar el regreso a Toscana, se usó como pretexto el mal aire que se respiraba en Roma. La verdadera razón era política. Es cierto que Catalina, presionada por el Papa, había renunciado a los bienes de su familia, pero su presencia a orillas del Arno reforzaría la legitimidad de su primo, el nuevo duque.

Así pues, volvió al palacio familiar de la Via Larga. Demasiado joven para prescindir de una tutora –sólo tenía trece años–, la huérfana fue confiada a María Salviati, una pariente viuda de Juan de las Bandas Negras, jefe de la rama menor de los Médicis, y madre de Cosimo, futuro gran duque, nacido como Catalina en 1519. No podían elegir a una mejor maestra de buenos modales. La distinción que Catalina demostró durante su vida le debe mucho.

La duquesa sin ducado podía confiar, en adelante, en el fin de las horas oscuras. Se sentía bien en una ciudad que quería olvidar las desgracias recientes, junto a Alejandro, en el lugar de honor. Florencia le daba definitivamente la espalda a las maldiciones de los “savonarolas” de poca monta. La ciudad volvía a las ceremonias, a la magnificencia y a la vida.

Catalina estaba feliz. Cuando Vasari recibió el encargo de su retrato, las sesiones de pose encantaron al pintor: la modelo era pura sencili-

llez y gentileza, aunque a veces hacía travesuras. Un día, aprovechando una breve ausencia del artista, que había salido a cenar, Catalina tomó los pinceles y pintarrajeó el boceto de tal forma que lo transformó en un retrato... morisco. A su regreso, Vasari estuvo a punto de terminar maqui-llado como su tela y tuvo que salir corriendo. El pintor, sin embargo, estaba encantado. “Siento mucho aprecio por ella”, escribió, “por sus propias cualidades y por el afecto que demuestra no sólo por mí sino por mi país, a tal punto que, si puedo expresarme así, la adoro tanto como a los santos del Paraíso. Su encanto no puede pintarse; de lo contrario habría dejado su recuerdo con ayuda de mis pinceles.” La confesión de impotencia –rara en un artista– que concluye su carta dice mucho de su admiración por las cualidades inimitables de la jovencita.

El retrato terminado –con o sin el encanto de la modelo– no estaba destinado a decorar las paredes del palacio Médicis. Debía acompañar las negociaciones destinadas a encontrar un marido. Cuando se supo que la *duchessina* estaba aprendiendo francés, se comprendió que el prometido vivía del otro lado de los Alpes.

En una época en la que los poderosos se preocupaban por casar a sus hijos recién nacidos, los proyectos matrimoniales con respecto a Catalina no habían faltado. Nombres de príncipes, incluso reyes, se mencionaban con insistencia en los despachos de los embajadores. Incluso, la mano de la jovencita había sido prometida a Filiberto de Chalon, príncipe de Orange, comandante del Ejército imperial, si éste lograba tomar Florencia. Pero el príncipe murió en combate antes de la capitulación de la ciudad. El rey de Escocia, Jacobo V, también había estado en la lista, así como el duque de Richmond, hijo natural de Enrique VIII de Inglaterra. Elegir a un d'Este de Ferrara, a un Gonzaga de Mantua, a un Della Rovere de Urbino o a un Sforza de Milán permitiría establecer útiles alianzas en una Italia dividida y lista para la guerra.

Pero desde 1530 el pretendiente francés pareció imponerse. A Francisco I le importaba mucho esta unión porque complicaría el acuerdo entre Carlos V y el papa Médicis. En junio de 1529, en Barcelona, el emperador había prometido su hija natural Margarita de Austria a Alejandro de Médicis. Francia no podía dejar que la distanciaran; también tenía que buscar la alianza con el Papa. Ahora bien, como sabemos, en ese momen-

to Catalina estaba casi prisionera en la Florencia sublevada, amenazada por la peste y destinada a la muerte o a la deshonra. Cuando los representantes de la Señoría fueron a retirarla del convento de las *Murate* la noche del 19 de julio de 1530, con el pretexto de un probable secuestro, decían la verdad. El rey de Francia había ordenado que la raptaran.

Francisco I planeaba casar a Catalina con su hijo menor, Enrique, duque de Orleans. En París, el Consejo de Su Majestad ya lo había debatido. Las opiniones estaban divididas: el condestable de Montmorency, considerado el oráculo de la Corte, era hostil, pero el mariscal de Brezé, gran senescal de Normandía, estaba de acuerdo con la unión. Es cierto que la mujer de este último, la hermosa Diana de Poitiers, congeniaba con los La Tour d'Auvergne, familia materna de Catalina. Así pues, incluso antes de su casamiento y de su llegada a Francia, la suerte de Catalina estaba vinculada a su futura rival.

Francisco I despachó emisarios a Roma y a Florencia. Sus informes decían lo que el rey quería leer: la pequeña duquesa no carecía de cualidades. Pero no había que dejar que las negociaciones se extendieran mucho más; el matrimonio francés de la sobrina del Papa contrariaba demasiado las perspectivas de Carlos V para que el emperador no intentara ponerle obstáculos.

El 5 de noviembre de 1530, se presentó el pedido oficial a Clemente VII, que lo aceptó. Pero cuando el embajador propuso enviar de inmediato a Catalina a Francia, el Papa respondió que no quería “poner el carro delante del caballo”. Era necesario establecer un proyecto de contrato. Francisco I lo firmó el 24 de abril siguiente y dos meses después el Papa lo aprobó. El rey prometía a su hijo treinta mil libras por año y aseguraba a Catalina una pensión, en caso de enviudar, de diez mil libras, al igual que el castillo de Gien enteramente amueblado. Clemente VII, por su parte, constituía para su sobrina una dote considerable de doscientos mil ducados a cambio de la renuncia a sus bienes en Florencia. De este modo, la joven pareja tenía asegurado un tren de vida lujoso.

Un casamiento principesco nunca se limita a la suma de fortunas, debe servir a más elevadas ambiciones. Así, el contrato estaba acompañado de cláusulas políticas que serían mantenidas en absoluto secreto, sobre todo porque preludivan la guerra de modo inevitable. Hacía po-

co tiempo que Francia había renunciado a sus posesiones en Italia, pero sólo pensaba en volver a poner los pies en la Península. Este matrimonio era la ocasión ideal para concederles un principado a los futuros esposos. Clemente VII prometió entregar varias ciudades de la Italia del Norte, entre ellas Pisa, Liorna, Módena, Parma y Placencia, y también se comprometió a ayudar a Francia a reconquistar Milán, Génova y Urbino, efímera posesión del padre de Catalina.

La conclusión de la alianza matrimonial sufrió, no obstante, varias demoras. En esa época, era poco común que un acuerdo proyectado no ocultara otro, negociado con discreción. Los príncipes defendían entre sí su recíproca lealtad mientras desenvainaban las espadas. Clemente VII deseaba la unión de su sobrina con un príncipe francés, pero temblaba ante la idea de desagradar a Carlos V, a quien acababa de coronar en Boulogne. Francisco I apuraba la conclusión del matrimonio, pero era sensible a las alarmas imperiales, que sugerían una esposa más noble para Enrique de Orleans: la infanta de España o la de Portugal. Así pues, las negociaciones se hicieron eternas. Un día se objetaba que Catalina todavía no era núbil; otro, que Enrique no había terminado su educación.

Los sentimientos personales de la *duchessina* no podían acelerar ni retrasar la boda. Eran ignorados. Catalina, encaprichada con su primo Hipólito, nunca fue consultada. En ese entonces, desde las hijas de los campesinos hasta las princesas, las muchachas casaderas no eran más que peones al servicio de sus familias. La sobrina del Papa servía al Estado pontificio.

Tras largas vacilaciones, finalmente se concluyó el acuerdo. Catalina de Médicis salió de Florencia rumbo a Francia el 10 de septiembre de 1533.

¿Un casamiento desigual?

Para ciertos observadores, la alianza era desproporcionada. Ridiculizada cuando se firmó, más tarde fue pretexto para humillar a la delfina y luego reina de Francia, y todavía es juzgada con severidad por los historiadores.

Los Médicis, por cierto, no tenían la antigüedad de las familias principescas. Apenas había transcurrido un siglo desde la ascensión al poder de Cosme el Antiguo en 1434. Los Médicis eran burgueses, de eso no cabe duda, burgueses y banqueros. Ninguno se había hecho ilustre en las Cruzadas; hasta entonces ninguno había llevado el título de duque o de príncipe. Tampoco podían invocar la continuidad en el poder: en dos oportunidades, en 1494 y en 1527, los habían destronado. Contempladas desde París, Londres o Castilla, sus alianzas parecían mediocres. Las familias Bardi, Tornabuoni, Rucellai, Pazzi, Salviati, que les habían entregado sus hijas, eran familias burguesas, banqueras y florentinas, como ellos. La primera esposa elegida fuera de Toscana había sido Clarisa Orsini, de la más alta nobleza romana, mujer de Lorenzo el Magnífico, bisabuelo de Catalina.

Comparados con los Capetos, los Médicis eran enanos. Respecto de los prejuicios aristocráticos, desempeñaban el papel de advenedizos. De todos modos, ahondar mucho más el abismo que los separaba de las familias reinantes sería desconocer la realidad. El hijo de Francisco I tampoco se casaba con una pastora.

Los Médicis eran, sin duda, banqueros, pero de los primeros del mundo, banqueros de príncipes y de reyes. En Florencia, su autoridad no se engalanaba con títulos de honor pero, gobernando por intermedio de celosos partidarios, preferían la realidad del poder a sus apariencias. Todos sabían quién era el amo.

Como poseedores de un poder absoluto, también obtenían un prestigio inigualable de su mecenazgo. Nadie, del otro lado de los Alpes, podía vanagloriarse de contar entre sus íntimos a tantos pintores, escultores, arquitectos, letrados y eruditos. Para las cosas del espíritu, los Médicis se habían convertido en señores indiscutidos, mientras que los franceses seguían siendo alumnos laboriosos.

En el reino, las almas esclarecidas habían comprendido la importancia de la dinastía florentina para Italia y para la cristiandad. En 1465, Luis XI les había concedido a los Médicis el honor de añadir el lis de Francia a sus escudos de armas. Estar autorizado a yuxtaponer lis de oro y roeles (donde se cree reconocer las píldoras de los médicos = *medici*) decía mucho del extraordinario ascenso de una familia,

por lo cual ninguno de sus miembros tenía que ruborizarse. Un rey de Francia preocupado por las conquistas en Italia no debía desestimar el poderío de los dueños de Florencia. No se podía dejar de aprobar a un soberano lo bastante sagaz como para buscar la alianza del Estado más indicado para hacer tambalear la influencia del emperador. Más aún puesto que los Médicis le habían dado a la Iglesia dos hijos que prácticamente se habían sucedido en el trono pontificio. Para el mundo, Catalina era más la nieta del papa Clemente VII que la hija del duque de Urbino.

Su casamiento con un Valois acercaba aún más a los Médicis a Francia. Ya Julián, duque de Nemours, hijo menor del Magnífico, había desposado en 1515 a Filiberta de Saboya, hermana de la madre de Francisco I. Luego, como se sabe, el padre de Catalina se había unido a Magdalena de la Tour d’Auvergne.

A las mentes más estrechas, dispuestas a denunciar un mal casamiento, se les objetó que la futura esposa pertenecía al mejor linaje por parte de madre. Juan, conde de Auvergne, su abuelo, la hacía descender de la casa de Boulogne y contaba a Godofredo de Bouillon entre sus antepasados. Su abuela, Juana, llevaba el apellido Borbón-Vendôme y descendía de San Luis. Con esta hija de banqueros, Francisco I no contaminaba la sangre de Francia. Además, no le entregaba el delfín, heredero del trono, sino a su hijo menor.

Para aquellos que ya lo sospechaban, la naturaleza política del matrimonio quedó confirmada con la doble partida de Catalina y el Papa a Francia. La futura esposa dejó la ciudad de Florencia el 10 de septiembre para pasar la primera noche en Poggio a Caiano, donde, de niña, había vivido momentos de felicidad. En La Spezia, la esperaba una flota que contaba, principalmente, con dieciocho galeras y que zarpó rumbo a Villefranche. Casi al mismo tiempo, Clemente VII salía de Roma, se detenía en Pisa y, por vía marítima desde Liorna, llegaba a Villefranche, donde su nieta lo esperaba desde hacía un mes. El 11 de octubre llegaron juntos a Marsella.

Un cañoneo de honor los recibió mientras repicaban todas las campanas de la ciudad. El 12 de octubre, el Papa fue el primero en hacer su entrada oficial, seguido por su nieta, que cabalgaba entre los car-

denales. Al día siguiente, Francisco I y la reina Eleonora fueron a saludar al sumo pontífice. Le dieron el último toque al contrato. El 23 fue el gran día. Catalina entró oficialmente en la ciudad focense, montada en una jaca rojiza enteramente cubierta con una tela dorada. La acompañaban María Salviati y Catalina Cibo, duquesa de Camerino. Catalina se presentó en la residencia del Papa, donde la esperaban Francisco I y sus dos hijos menores, Enrique de Orleans y Carlos de Angulema.

Catalina se acercó al rey e hizo una reverencia con toda la gracia de la que era capaz. Alto, atlético, Francisco dominaba a la pequeña. Naturalmente afable, duplicó su amabilidad al verla; alzó a la *duchessina*, la besó sin formalidad y alentó a Orleans a que lo imitara.

Llena de emoción, minúscula entre una multitud de prelados y de cortesanos al acecho, Catalina cruzó la mirada con la de su futuro esposo. Enrique tenía su edad, pero ya era alto y robusto, “bien formado”. En su silueta se adivinaba a un amante de los ejercicios físicos. Pero parecía menos afable que el rey. Su aspecto también era más toscó. ¿Sabía sonreír? De su sufrido cautiverio en Castilla, como rehén de Carlos V, había heredado una expresión triste que no carecía de encanto.

¿Se parecía Catalina al retrato que Vasari había bosquejado para Enrique? Había que admitirlo: no era muy hermosa. Más bien baja, todavía delgada, tenía el cabello negro y la nariz un poco grande, como su futuro esposo. En la cara redonda de la niña, sobresalían los ojos prominentes, bajo cejas bien delineadas. En cambio, la blancura de su piel era admirable: las damas de la Corte lo notaron de inmediato. Catalina no era una beldad, pero no carecía de gracia, sabía ser amable y su distinción compensaba un físico ordinario que, a pesar de todo, iluminaba una mirada chispeante de inteligencia.

En los días que siguieron, en medio de las fiestas, los novios tuvieron ocasión de sobra para conocerse mejor. Los observadores confirmaron su primera impresión: Catalina era una mujercita graciosa, dispuesta a agradar. Se decía que tenía “una sensatez superior a su edad”, “una naturaleza vivaz y un carácter amable”. Durante la bendición nupcial, su elegancia conquistó a todos. Engalanada con un soberbio vestido de brocado dorado y un corsé violeta adornado con armiño, salpicado de perlas y diamantes, y una corona de duquesa en la cabeza, estaba ra-

dante. Se intercambiaron los anillos, se sucedieron los banquetes y los bailes y ya era tarde cuando, con solemnidad y ante una asistencia selecta, los novios fueron a su habitación.

Al día siguiente, el Papa comprobó en persona que el matrimonio se hubiera consumado. Desconocidos uno para el otro cinco días antes, Enrique y Catalina ya eran marido y mujer, y estaban destinados a vivir juntos de ahí en adelante. A la nueva duquesa de Orleans sólo le quedaba conocer el reino, enfrentar a la Corte, descubrir sus fastos, evitar las trampas, agradar a su suegro y satisfacer a su marido. Mientras tanto, los diplomáticos y los hombres de guerra se preparaban para configurar en Italia el principado en el que reinaría la joven pareja. Así parecía estar escrito el destino de Catalina.

